



II

UN ENVIADO DE LA PROVIDENCIA

Schaunard y Marcelo, que desde muy temprano habían puesto manos á la obra con ardor, suspendieron de pronto su trabajo.

— ¡Jesucristo, qué hambre tengo!— dijo Schaunard; y añadió con displicencia. — ¿No se almuerza hoy aquí?

Marcelo mostróse muy sorprendido por la pregunta, más importuna que nunca.

— ¿Desde cuándo almorzamos dos días seguidos?— dijo. — Ayer era jueves.

Y completó su respuesta designando con su tiento este mandamiento de la Iglesia escrito en la pared:

Los viernes no comas carne
ni otra cosa semejante.

Schaunard no encontró nada que objetar y volvió á su cuadro, que representaba una llanura po-



blada por un árbol encarnado y un árbol azul que se abrazaban con las ramas. Transparente alusión á las dulzuras de la amistad, y que no dejaba de ser, en realidad, muy filosófica.

En aquel momento el portero llamó á la puerta. Traía una carta para Marcelo.

—Vale tres sueldos—dijo.

—¿Está usted seguro? —replicó el artista.—Está bien, nos los deberá usted.

Y le dió con la puerta en las narices.

Marcelo había tomado la carta y roto el sello. Desde las primeras líneas empezó á dar saltos de acróbata por el taller y entonó á grito pelado la célebre canción siguiente, que representaba en él, el apogeo del júbilo:

Eran cuatro muchachos del barrio,
Y los cuatro se hallaban enfermos;
Condujéronlos al Hospital
¡Mal! ¡mal! ¡mal!

—Perfectamente,—dijo Schaunard continuando:

Los pusieron en una gran cama
Dos en la almohada y dos en los pies.

Ya la sabía.
Marcelo prosiguió:

Una hermana se les presentó.
¡Oh! ¡oh! ¡oh!

—Si no te callas—dijo Schaunard, que sentía ya síntomas de enajenación mental—voy á ejecutar el *allegro* de mi sinfonía sobre la *influencia del azul en las artes*.

Y se dirigió al piano.

Esta amenaza produjo el efecto de una gota de agua fría en un líquido en ebullición.

Marcelo se calmó como por encanto.

—¡Toma!—dijo entregando la carta á su amigo.—Lee.

Era una invitación á comer de un diputado, protector inteligente de las bellas artes, y en particular de Marcelo, quien le había pintado una vista de su casa de campo.

—Es para hoy—dijo Schaunard;—es lástima que este billete no sirva para dos personas. Pero ahora recuerdo que tu diputado es ministerial; tu no puedes, no debes aceptar; tus principios te prohíben ir á comer el pan amasado con los sudores del pueblo.

—¡Bah!—dijo Marcelo—mi diputado pertenece

al centro izquierdo; el otro día votó contra el gobierno, por otra parte, debe hacerme un encargo, y me ha prometido lanzarme en el gran mundo; y además ¿querrás creerlo? aunque estamos en viernes, siento una voracidad de conde Ugolino, y quiero comer á toda costa. ¿Me entiendes?

—Quedan aun otros obstáculos—replicó Schaunard, que en el fondo estaba algo celoso de la buena fortuna de su amigo.—Tú no puedes asistir á un convite con blusa encarnada y gorra de descargador de leña.

—Iré á que me presten el traje Rodolfo y Colline.

—¡Joven insensato! ¿Olvidas que hemos pasado del veinte del mes, y que en esta fecha los trajes de aquellos caballeros están empeñados y reempeñados?

—Encontraré al menos un frac negro de aquí á cinco horas—insistió Marcelo.

—Yo tardé tres semanas en encontrar uno para la boda de mi primo; y esto que estábamos á principios de Enero.

—Pues bien, iré así—contestó Marcelo paseándose á grandes pasos.—No podrá decirse que una miserable cuestión de etiqueta me impida dar mi primer paso en la sociedad.

—A propósito—interrumpió Schaunard, que tomaba gusto en apesadumbrar á su amigo—¿y las botas?

Marcelo salió en un estado de agitación imposible de describir. Al cabo de dos horas volvía á entrar cargado con un cuello postizo.

—Esto es todo lo que he podido encontrar—dijo con acento lastimero.

—No valía la pena de correr tanto por tan po-

ca cosa—respondió Schaunard;—aquí hay papel con que cortar una docena.

—Pero—dijo Marcelo mesándose los cabellos,—nosotros debemos poseer algunos efectos; ¿qué diablo!

Y emprendió una minuciosa revista por todos los rincones de la casa.

Después de haber buscado durante una hora, reunió un traje compuesto de lo siguiente:

Un pantalón escocés.

Un sombrero gris.

Una corbata encarnada.

Un guante que fué blanco.

Un guante negro.

—Esto puede convertirse en un par de guantes negros, si ocurre—dijo Schaunard.—Pero cuando estés vestido, parecerás el espectro solar. Después de todo; cuándo se es colorista!...

Mientras tanto Marcelo se probaba las botas. ¡Fatalidad! las dos eran del mismo pie.

El artista, desesperado, divisó entonces en un rincón una bota vieja en la que metían las vejigas vacías (1); y se apoderó de ella.

—Tan bueno es Pedro como su compañero—dijo irónicamente su amigo:—ésta es puntiaguda y la otra es roma.

—Esto no se verá cuando tengan lustre.

—¡Algo es algo! ya no te falta más que el traje negro de rigor.

—¡Oh!—exclamó Marcelo mordiéndose los puños;—por tener uno, daría diez años de mi vida y mi mano derecha; mira tú!

(1) Hasta algún tiempo después no se emplearon tubos de plomo en lugar de las vejigas, para contener la pintura.

En aquel momento volvieron á llamar á la puerta. Marcelo abrió.

—¿El señor Schaunard?—preguntó un forastero desde el umbral de la puerta.

—Soy yo—respondió el pintor rogándole que entrara.

—Caballero—dijo el desconocido, poseedor de una de aquellas honradas fisonomías que son el tipo del provinciano;—mi primo me ha hablado con elogio de su talento de usted para los retratos; y hallándome en visperas de realizar un viaje á las colonias, á donde voy delegado por los refinadores de azúcar de Nantes, desearía dejar un recuerdo mío á mi familia. Este es el motivo de mi visita.

—¡Oh santa Providencia!...—murmuró Schaunard.—Marcelo, acerca una silla al señor...

—Blancheron—añadió el forastero;—Blancheron de Nantes, delegado de la industria azucarera, ex-alcalde de V..., capitán de la guardia nacional, y autor de un libro sobre la cuestión de los azúcares.

—La predilección que muestra por mí, me honra en extremo—dijo el artista inclinándose ante el delegado de los refinadores.—¿Cómo desea usted el retrato?

—En miniatura, como éste—respondió el señor Blancheron señalando un retrato al óleo; porque lo mismo para el delegado que para muchos otros, todo lo que no es pintura decorativa es miniatura, no hay término medio.

Aquel candor dió á Schaunard la medida del talento del buen hombre con quién tenía que habérselas, y aun más cuando éste añadió que de-

seaba que su retrato estuviera pintado con colores finos.

—No empleo nunca otros—dijo Schaunard.—¿De qué tamaño quiere usted el retrato?

—Grande como éste—respondió el señor Blancheron, señalando una tela de veinte pulgadas.—Pero ¿cuánto puede costar?

—De cincuenta á sesenta francos; cincuenta sin las manos, y sesenta con ellas.

—¡Diablo! Mi primo me había hablado de treinta francos.

—Según las estaciones—dijo el pintor;—los colores son mucho más caros en determinadas épocas.

—¡Toma! ¿Sucede, pues, como con el azúcar?

—Exactamente.

—Vaya por los cincuenta francos—dijo el señor Blancheron.

—Hace usted mal; por diez francos más tendría las manos, entre las cuales colocaría su libro sobre la cuestión azucarera, lo cual le favorecería mucho.

—A fe mía que tiene usted razón.

—¡Pardiez!—dijo entre sí Schaunard—si continúa, reviento y le hiero con uno de mis pedazos.

—¿Te has fijado?—le deslizó al oído Marcelo.

—¿En qué?

—Lleva traje negro.

—Comprendo y estoy al tanto de lo que piensas. Déjame hacer.

—Y bien, señor Schaunard—dijo el delegado—¿cuándo empezaremos? Será conveniente no retardarlo, porque debo marchar pronto.

—Yo también tengo que hacer un pequeño viaje; salgo de París pasado mañana. Así, pues, si

usted quiere, vamos á empezar en seguida. Una buena sesión anticipará el resultado.

—Pero pronto va á ser de noche y no se puede pintar con luz artificial—dijo el señor Blancheron.

—Mi estudio está dispuesto para que se pueda trabajar á todas horas...—replicó el pintor.—Si se quiere quitar el frac y tomar la posición, vamos á empezar.

—¡Quitarme el frac! ¿Por qué?

—¿No me ha dicho usted que destinaba su retrato á la familia?

—Sin duda.

—Pues bien, así debe usted estar representado en traje de casa, de bata. Esta es la costumbre.

—Pero es que aquí no tengo bata.

—Pero la tengo yo. El caso está previsto—dijo Schaunard ofreciendo á su modelo un harapo lleno de manchas de pintura que de momento hizo vacilar al honrado provinciano.

—Esta prenda es muy original—dijo.

—Muy notable—respondió el pintor.—Un visir turco la regaló á Horacio Vernet y éste me la dió á mí. Yo soy discípulo suyo.

—¿Usted es discípulo de Vernet?—dijo Blancheron.

—Sí, señor; y me vanaglorio de ello. ¡Horror!—murmuró entre sí—reniego de mis dioses.

—Se comprende, joven—respondió el delegado poniéndose la bata que contaba tan noble origen.

—Cuelga el frac de este caballero en la percha,—dijo Schaunard á su amigo con un expresivo guiño.

—Oye—murmuró Marcelo echándose sobre su presa y designando á Blancheron.—¡Qué bueno es! ¿Si pudieras quedarte con un pedazo?

—¡Lo intentaré! pero no se trata de esto; vístete pronto y lárgate. Vuelve á las diez, yo lo guardaré hasta aquella hora. Sobre todo, tráeme algo en los bolsillos.

—Te traeré una banana—dijo Marcelo escapando.

Se vistió en un momento. El frac le estaba como un guante; luego salió por la puerta falsa del taller.

Schaunard se había puesto á trabajar. Cuando ya había cerrado la noche por completo, el señor Blancheron oyó que daban las seis y acordándose de que no había comido, se lo manifestó al pintor.

—Yo estoy en el mismo caso; pero, por complacerle, esta noche no comeré. Por cierto que estaba convidado en una casa del arrabal de San Germán—dijo Schaunard.—Pero no podemos dejarlo, porque esto comprometería la semejanza.

Y continuó trabajando.

—Después de todo—dijo de pronto—podemos comer sin salir de casa. Hay abajo un excelente restaurant del que nos pueden subir cuanto queramos.

Y Schaunard esperó el efecto de sus plurales.

—Soy de su misma opinión—dijo el señor Blancheron—y en desquite, espero que me hará usted el honor de acompañarme á la mesa.

Schaunard se inclinó.

—Vamos—se dijo—es un buen hombre, un verdadero enviado de la Providencia.—¿Quiere usted hacer la lista?—preguntó á su anfitrión.

—Me hará usted un favor encargándose de ese cuidado—respondió éste cortesmente.

—Tú te arrepentirás, Nicolás—cantaba el pin-

tor mientras bajaba las escaleras de cuatro en cuatro.

Entró en el restaurant y se dirigió al mostrador compilando una lista cuya lectura hizo palidecer al Vatel de tienda.

—Burdeos á todo pásto.

—¿Quién pagará?

—No seré yo probablemente—dijo Schaunard—sino un tío mío que verá usted arriba, un buen gastrónomo. Por lo tanto, procure distinguirse y que nos sirvan dentro media hora, y en porcelana sobre todo.

A las ocho, el señor Blancheron sentía ya la necesidad de derramar en el seno de un amigo sus ideas sobre la industria azucarera, y recitó á Schaunard el libro que había escrito.

Este le acompañó al piano.

A las diez el señor Blancheron y su amigo bailaban el *galop* y se tuteaban. A las once juraron no separarse jamás y redactaron sus testamentos legándose recíprocamente su fortuna.

A media noche regresó Marcelo y les encontró en brazos uno de otro, llorando á lágrima viva. En el estudio había ya media pulgada de agua. Marcelo tropezó con la mesa y vió los espléndidos restos del soberbio festín. Miró las botellas y las vió completamente vacías.

Quiso despertar á Schaunard, pero éste le amenazó con matarle si trataba de arrebatárle al señor Blancheron, que le servía de almohada.

—¡Ingrato!—dijo Marcelo sacando del bolsillo de la levita un puñado de avellanas.—¡Y yo que le traía de comer!

